



LAS HORMIGAS.

(Conclusion.)

Entonces se ve á aquellos piratas recoger cuidadosamente todas las larvas y llevarlas apresuradamente al propio nido. Cualquiera diria que para preparar allí una opípara comida, pues desde el insecto carnicero hasta el hombre en estado salvaje no hay bocado más exquisito que el proporcionado por un sér semejante. Nada de eso. Allí las colocan entre las suyas; les dan á comer, segun dicen algunos naturalistas, algo inventores en honor de la verdad, ciertas hierbas, y olvidadas de la esclavitud, mañana, cuando llegan á su perfecto desarrollo, se ocupan en el bienestar de sus robadores, habiendo dejado en aquel Leteo la memoria de la rapiña de que fueron víctimas. ¡Cuán feliz sería el hombre si pudiera aprender de las hormigas el secreto de ol-

vidar los males que le agobian, enseñándoles en pago que ántes que la esclavitud es mil veces preferible la muerte!

Volviendo á nuestros sencillos campesinos, á quienes hemos dejado un poco atras, no creais que por tornar á casa mohinos y cariacontecidos con la decepcion desprecien á las hormigas; que ya las madres, con ese instinto sublime que les enseña á buscar en la naturaleza los más bellos ejemplos que poner á sus tiernos hijos para conducirles por la senda del bien, les citan como modelos de laboriosidad y constancia á la humilde hormiguita, en esos tiernos é infables coloquios en que sólo una madre puede entender la balbuciente y entrecortada palabrería de aquellos predilectos del Señor. Tampoco la

desprecia el rústico que, acostumbrado á estar siempre solo entre los inmensos bosques, como el marino en las vastas soledades de la líquida llanura, nada pasa para él inobservado; que el susurro del viento en las hojas de los árboles, el incessante chirrido que produce el insecto frotando rápidamente sus alas contra unos apéndices membranosos que tiene en el corselete, á fin de llamar á la compañera, que entre el esmaltado tapiz de los prados esconde su cuerpo purpurino salpicado de dorados reflejos; que todo, en una palabra, hasta el mismo silencio, le murmura al oído el lenguaje de la creacion, como al otro advierte la rizada nubecilla que allá en el horizonte interrumpe el immaculado azul de la celeste techumbre, la proximidad del huracan.

El no conoce el latin, y hasta talvez le estorbe lo negro, como suele decirse; pero el cuidado que tiene en defender la cosecha contra sus devastaciones, le ha enseñado que entre las diferentes especies de hormigas hay dos que habitan los árboles carcomidos: una, llamada hormiga Hércules, la *formica herculánea* de los naturalistas, que es la más grande de todas, pues alcanza unas dimensiones de 10 á 15 milímetros, y otra más pequeña, la *fuliginosa*, en cuyo nido las paredes que dividen sus diferentes células no llegan al grosor de la hoja de papel más fino. La primera, por el contrario, se los construye muy elevados y fuertes, en forma de promontorio, y cuando está

en estado de larva, se hila su capullo, como hacen otros muchos insectos, principalmente el llamado vulgarmente *gusano de seda*, cuyo capullo suministra el hilo de que despues se tejen las tan apreciadas telas de seda. Allí experimentan su segunda trasformacion, es decir, pasan al estado de *ninfa* ó *crisálida*. Voraces é insaciables como eran cuando se hallaban en el de larva, ahora permanecen sumidas en una especie de muerte aparente, hasta que por sí mismas rompen su prision, como hace el gusano de seda, ó ayudadas por los compañeros, como sucede al insecto que nos ocupa.

Al llegar á este punto habréis de confesar conmigo que no le faltaba razon á aquel poeta que dijo:

¡Oh fuerza del consonante, á lo que obligas,
A decir que son blancas las hormigas!

Efectivamente, aunque el vulgo le da por lo general el nombre de hormiga blanca, el insecto conocido con esta denominacion, muy análogo en la forma y costumbres á la hormiga, pertenece á otro órden diferente, cual es el de los neurópteros, y su verdadero nombre genérico es *Termita*, en latin *Termes*. Yo os quiero de todo corazon, niños amados, pero más prefiriera veros abandonados delante de un leon ó de un toro bravo que no ante un nido de estos animalitos. En el Africa, esa tierra misteriosa que tantos secretos encierra todavía para nosotros, y cuyo suelo ha sido regado por la sangre de tantos martires de la ciencia y de la civilization, no existe quizás animal

más fiero y terrible. En ese país, cuya vegetación, llena de vigor y exuberancia, adquiere un grado que parecerá increíble al que no está familiarizado con la fuerza creadora que en los trópicos existe; en ese continente en que, gracias al calor y la humedad constante, hay sitios en que el sol jamás ha podido atravesar la sombra del espeso follaje, todo asume proporciones extraordinarias. Entre árboles tan gigantescos como el *baobab*, cuyo tronco apenas pueden abarcar catorce personas asidas de las manos, penden *bejucos* y enredaderas gruesas como calabrotes que sirven de puentes al cinocéfalo y al *aluate* ó mono aullador, ambos cuadrúmanos, para atravesar el torrente atronador, que, con toda la rabia de la impotencia, arroja sus espumas al impasible peñasco que opone un obstáculo á su curso, ó también de flexible hamaca, donde se mece muellemente el pintado pájaro que alisa con su pico las espléndidas plumas adornadas con los más pomposos colores de la creación. Allí la gallarda ave real ostenta toda la galanura de su soberbio plumaje, codeando al vistoso insecto, en quien la mano del sublime Artífice derramó con régia profusión oro, rubíes y esmeraldas, en tanto que el malicioso pájaro-mosca, verdadero topacio con alas, sumerge voluptuosamente la larga lengua en el perfumado néctar que la flor, no ménos rica y brillante, elaboró misteriosamente, á la luz de radiantes constelaciones, en su cáliz de oro. Quizá vuelva á ocuparme al-

guna vez con vosotros en todos los secretos que encierra un rayo de sol, y entonces os haré ver que ese astro divino, *monarca de la luz, padre del día*, como lo llamó uno de nuestros mejores poetas, al difundir la alegría, así en el palacio del poderoso como en la choza del trabajador, esparce por doquier la vida, dando á la planta la clorofila, que con su verde color templada y mitiga el ardor de sus reflejos y le asegura la respiración, y concediendo generosamente todo el esplendor de sus rayos á la flor, al pájaro, al insecto, al caracol, y hasta al mismo hombre, como dijo ya el antiguo poeta de Faselis:

«El dios del día, próximo á los etíopes, los cubre en su carrera de un barniz semejante á la pez.»

Pero también es cierto que la parca envidiosa de la vida disputa sus hijos, y no pocas veces queda victoriosa en el combate. Esa misma exuberancia engendra miasmas mortíferos que arrebatan rápidamente al que se expone á su influjo, y como si esto no bastase, allí el elefante, el rinoceronte, el cocodrilo, pretenden arrebatarse al león el dominio de la tierra. Pero ¿qué son todos estos gigantes al lado de la diminuta termita? Ni hombre, ni elefante, ni león pueden enseñorearse del terreno donde ella impera, y si quieren hacerle frente, un cuarto de hora después de comenzada la pelea no quedan de ellos más que los descarnados huesos, tan blancos y pelados como los que señalan al sediento viajero en el Sahara abrasador las huellas de las

caravanas. Cuando verifican sus emigraciones, lo hacen marchando en columnas cerradas, siempre en línea recta, sin que torrente ni incendio acierten á torcer su curso. Los habitantes, aterrados, tratan de salvar sus cosechas rodeándolas de una cintura de hogueras; pero es inútil. Su número es tan considerable, que diez, veinte, ciento, mil batallones, se arrojan sin vacilar sobre aquellos braseros candentes, y con sus cuerpos apagan las llamas. Llegan á orillas de un rio, y la vanguardia, con una abnegacion sin límites, se echa al agua y las otras pasan por encima de sus cadáveres. Sin embargo, son tantas, que, despues de tan tremendas pérdidas, la vista no puede encontrar cercenado su número.

Y no porque falten seguramente agentes destructores, pues ademas de los ya citados, las siguen en su camino multitud de pajarillos que de ellas se alimentan, y que forman en lo alto nubes tan espesas, que oscurecen el sol.

En fin, para terminar este artículo, baste decir que hasta las mismas plantas, así inocentes y todo como parecen, se conjuran tambien contra las hormigas. Hasta ahora se creia que los vegetales no vivian sino de los materiales que absorben en la

tierra por medio de las raíces y del ácido carbónico que en cantidades infinitesimales existe en la atmósfera; pero, hará poquísimo tiempo, el sabio naturalista inglés Hooker descubrió que ciertas especies de plantas presentan unas hojas anchas, cubiertas de pelos bañados en un humor pegajoso y dulzaino. Si entre esos pelos se coloca un pedacito de carne, ó si una hormiga ú otro insecto cualquiera se deja prender imprudentemente entre ellos, está completamente perdido. La hoja se cierra poco á poco, permanece cerrada más ó ménos tiempo, segun sea el cuerpo que ha aprisionado entre sus verdes paredes, y cuando las vuelve á abrir... ya no hay nada. ¡La hoja ha digerido su víctima, como pudiera hacerlo nuestro estómago con un pedazo de pan!

Así, pues, hijos míos, no os fieis de las apariencias; no olvidéis que la flor más bella puede encerrar en su seno mortífero veneno, y pensad que si aplicais al estudio la misma laboriosidad, la misma constancia de que os da ejemplo la humilde hormiga, llegaréis á saber un millon de veces más de lo que aquí sucintamente os he querido contar.

DR. PEDRO ALEJANDRO AUBER
(de la Habana).



ESCENAS INFANTILES.

(Conclusion.)

Uno de los dias constituyó la diversion el haber advertido que andaba por la huerta un conejo; pero el *Canelo*, que no tenía nada de cazador, atendida su educacion abandonada, no podia dar con él, y de vez en cuando se le veia pasar para desaparecer de nuevo; pero ya una mañana se aperciben dónde está, se grita, se da la voz de alerta, y corre por aquí y por allí; entre los niños lo hacía el perro, y tambien el guarda, y los criados «por aquí va, allí se esconde»; se grita, se corre, se amenaza, se azuza, y despues de vueltas y revueltas, idas y venidas, el cobarde animal, rendido, se deja coger por el guarda. El hortelano se llama á posesion de la presa, y se la lleva, de lo cual se alegraron mucho, porque otra cosa sería una crueldad.

Se les ocurrió un dia, instados por un hijo del guarda-hortelano, ir á cazar, y para conseguirlo se hizo la peticion de algunos cuartos para la compra de liga: en efecto, así se hizo, y al siguiente dia todo el artilegio se preparó y colocó cerca de un manantial en boceto, segun la instruccion de aquel pequeño cazador, y todos se pusieron á alguna distancia, guardando el mayor silencio, y esperando con impaciencia que bajára algun pajarillo, todo el dia ó la mayor parte de él se pasó en infructuosa

espera; pero no se abandonó por eso la empresa, ántes al contrario, al siguiente se emprendió con más ahinco, y despues de dos ó tres horas, ¡qué felicidad! un pájaro se habia quedado preso en las ramas pegajosas de aquella composicion, impidiéndole batir sus alitas, y sin ellas perdió la libertad que toda su vida habia gozado. La algazara, la alegría, los saltos y el entusiasmo llegaron á su colmo; todos corrian á cogerlo, y uno tropezaba y otro caia, y se manchaban sus ropas; el pájaro entre tanto se movia y revoloteaba sin resultado, hasta que la mano de Santiago le apresó.

El tiempo les faltó para enseñarle á sus papás y á sus criados, llenos del mayor regocijo. Se metió en una jaula y se bautizó con el nombre de *Fraile*, porque tenía plumas blancas y negras (pajaritos de nieve); pero una de las niñas se quedó mirándole, y como no pudiera andar, pronto advirtió que una patita la tenía rota, y entónces un amargo llanto se escapó de sus ojos; la pena se apoderó de su corazon, y llena del mayor sentimiento y bajo abrumador remordimiento, rogó á todos le dieran libertad. «¡Pobrecito! decia; ¡aquí encerrado y con una pierna rota! ¿Se le curará con árnica, papá? preguntaba en su desconsuelo. ¡Yo le

quiero soltar, yo no puedo verle sin pensar cuánto sufrirá!» Corre en busca de sus hermanos, les llama, acuden, y expuestas á su manera las razones para que se sentenciára por unanimidad en consejo infantil, despues de pesar las razones del trabajo que habia costado el cogerlo, etc., etc., pesó más en la balanza la horrible idea de verlo morir en la jaula, y ante aquella terrorífica idea, reunido el jurado, se le dió suelta, y todos quedaron contentos.

En aquella misma tarde le cupo la misma suerte á un jilguerillo, y ya más prácticos, éste llegó sano, y se le encerró en la jaula, y se le dió de comer, que con gran cuidado observaron que lo hacía, y concibieron la esperanza de traerlo á Madrid, como lo hicieron, volviéndose

á su casa con el pájaro, con flores, conchas y otros artículos que les habian servido de recreo. Pero el perro, que tambien se le habia tomado su billete, al ir á meterle en su departamento se escapó, y los niños atribuyeron esto á falta de cariño y correspondencia, y no sintieron su mal comportamiento, de lo cual se alegraron mucho sus papás, porque así se evitaron algun rato de monótona música.

Verdaderamente que cuando los niños son dóciles y se descubren en ellos buenos sentimientos, como se veia en éstos, los padres deben recrearse con sus hijos, y son para ellos el goce más grande y á la vez el más inocente que se puede apetecer.

JOSÉ DIAZ BENITO.

LA NIÑA INOCENTE.

I.

En una ciudad marítima no muy lejana, de cuyo nombre no quiero acordarme, vivia una señora viuda, aragonesa, jóven aún, con sus dos hijas de menor edad, á las que procuraba una educacion buena, cimentada en el santo temor de Dios, el respeto á los mayores y en el más acendrado amor al prójimo.

Guadalupe, que así se llamaba la mayor, que á la sazón de esta historia contaba apénas cinco años, era

lista, traviesa, viva y encantadora por su belleza física y su carácter franco, abierto y resuelto, á la par que sumisa, obediente y respetuosa á la más leve indicacion de su virtuosa madre. La menor lactaba todavía y tendria unos ocho meses.

Es aquella ciudad una de las más molestas en el trato social, sobre todo para el forastero que llega á echar raíces en ella, ó tiene que someterse en una larga estancia á la crítica implacable, á la curiosidad más exquisita, intemperante manía de averi-

guar su origen, estado, antecedentes, opiniones, costumbres y procedencia de toda su generacion.

Allí el bello sexo no se conforma con las condiciones, poco halagüeñas por cierto, que ofrecen la poblacion, su campiña, paseos y contornos: allí no se la llama por su verdadero nombre, dícese con mucho énfasis, que es una *capital subalterna*: el más refinado lujo, la mayor vanidad y etiqueta dan testimonio evidente del alto concepto que de sí mismos tienen formado sus habitantes. Las señoras gastan un lujo excesivo, y al lujo acostumbran á sus hijas con notoria imprevision. No hay, en una palabra, la sencillez y llaneza que tanto agradan al que de una populosa capital como Madrid, París, Londres ó Viena se traslada á una de nuestras humildes ciudades de provincia. En la que nos ocupa todo es artificial ó estudiado; el lenguaje rimbombante, el trato superficial y hasta hay poca exactitud en todo.

Dada, pues, una idea á grandes rasgos del carácter de la poblacion en que aconteciera el suceso en que pasamos á ocuparnos, entremos ya de lleno en el asunto.

Salía de su cuarto tocador Doña Asuncion Carlier con la niña Guadalupe al anunciar la doncella que en la sala estaba la señorita Doña Lutgarda Plantorfill, que venía á visitarla, y soltando apresuradamente el peinador, cortés y franca, como buena aragonesa, hízola pasar al gabinete próximo. Despues de cambiar los acostumbrados saludos y de hacerle

tomar asiento en una elegante y cómoda butaca de terciopelo azul, Asuncion dijo:

—¿A qué debo la dicha de una segunda visita, que tanto me agrada, cuando áun estoy en descubierto con usted, amiga mia?

—En efecto, si un encargo que de súbito me impone una de mis mejores amigas no me obligára á ello, hubiera esperado el momento en que usted honrase mis salones; pero se trata de remediar la desventura de una infortunada familia, y solícita yo siempre en procurar el consuelo del que sufre, contando de antemano con su benevolencia, he prescindido de toda etiqueta, y aquí me tiene usted á poner en sus manos estas papeletas para rifar un precioso velo de inestimable trabajo, de gran valor intrínseco y de suma elegancia.

—Veamos, pues, dijo Asuncion queriendo examinarle.

—El velo está en poder de su dueña; pero en las papeletas se detallan minuciosamente su forma, tejido, bordado y dimensiones, y sacando de un tarjetero de nácar unas cuantas las presentó á su amiga: ésta llamó á Guadalupe para que eligiera cuatro de entre las demas, y á su vez la entregó veinte reales.

Lutgarda buscó en el bolsillo de su vestido el portamonedas para devolver una peseta á su amiga, y cuando lo hubo verificado, la niña exclamó: ¡qué lindo portamonedas mamá! ¿me comprarás uno como éste en las ferias?

Lutgarda le ofreció por mero cumplimiento á su madre.

Y la niña le abrió y cerró varias veces, hasta que á una mirada de aquélla, le devolvió con harta pena. Lutgarda le puso á un lado de su

falda y la conversacion se prolongó por largo rato, hasta que por fin se despidieron ambas amigas.

No habia trascurrido média hora,



Las señoras gastan un lujo excesivo y al lujo acostumbran á sus hijas con notoria imprevisión (Pág. 230).

cuando Lutgarda agitada, conmovida, con el rostro encendido y ademán descompuesto se presentó de nuevo diciendo se habia dejado el portamonedas. Las dos amigas entraron en el gabinete donde tuvo lugar la visi-

ta, retiraron la butaca, miraron por el suelo, las mesas, los pasillos, todo en vano; no parecia. Entónces Lutgarda dijo á Guadalupe:— Picarilla, tu le has escondido porque te ha gustado mucho. Aunque en són de bro-

ma esta indirecta hizo mal efecto en Asuncion, que lanzando, sin embargo, una mirada de enojo á su hija la obligó á prorumpir en amargo llanto.

Lutgarda salió disgustada de aquella casa, sin que por educacion siquiera procurase reprimir su cólera y su enojo.

Despues Asuncion reconvino á la

niña, que habia dado motivo á tan desagradable escena, y por más preguntas que le dirigiera, siempre contestaba que se le habia devuelto en su mano, lo cual era muy cierto; pero no lo era ménos que el bolsilo no parecia por más diligencias que se hicieron en su busca.

(Se continuará.)

ESCENAS INFANTILES.



Julianito es bastante holgazan, dicho sea sin ánimo de ofenderle, pero Susana, su hermanita, se ha propuesto corregirle de tan feo vicio, y siempre que el chico está en casa, cuida Susana de que no esté ocioso. Le obliga á tener la madeja que ella devana, le hace arreglar los desperfectos que él mismo ha causado en la muñeca de la niña, le estimula de mil modos á cuidar los tiestos, y, en fin, le entretiene de tal manera, que el muchacho que desearia estar tendido á la bartola, ni puede tenderse, ni perseguir á los perros, ni estarse mano sobre mano mirando á los pajarillos que vuelan. Dudo, sin embargo, que Susana logre que Julian tome aficion al trabajo, porque el chico es por naturaleza indolente, abandonado, y no tiene mucho de lo de Salomon.

LA NOCHE DE VERANO.

A la caída de una hermosa tarde de verano, fatigado por el calor, salí á tomar un poco el fresco. El sol, encendido, abandonaba el horizonte, y las sombras, bajando de las montañas, se extendían por la pradera. Bien pronto perdí de vista la choza que habito, é insensiblemente me iba internando en la campiña. Los pastores volvían con sus rebaños por todas partes, tocando la flauta y el caramillo; los bueyes volvían de la labor á paso tardo. Es tan dulce encontrarse solo en unos sitios que se aman y abandonarse á los recuerdos, que fui prolongando mi paseo sin notar que la noche reinaba ya hacía tiempo; pero lejos de espantarme me pareció interesante. ¡Qué delicioso es gozar del espectáculo de una buena noche!

El aire era puro; el cielo no estaba oscurecido por nube alguna; brillantes estrellas embellecían su bóveda azulada; un hermoso claro de luna esparcido por todas partes daba nuevo encanto á los objetos campesinos. Esta médua luz, esta claridad incierta, mezclada á lo lejos con la sombra de los bosques y las colinas, inspiraba una dulce melancolía. Todo reposaba en la naturaleza; apenas se oía el murmullo del débil arroyuelo que regaba la pradera. Aquella calma universal, aquel vasto silencio, enternecían mi alma y la pene-

traban de sentimientos augustos y religiosos.

Me detuve delante de un espacioso lago, trabado como un hielo y sombreado por álamos y sauces, entre los cuales se percibían algunas cabañas solitarias. ¡Con qué entusiasmo, y á favor de los argentados rayos del astro de la noche, contemplaba yo la magnífica bóveda celeste, reproducida toda entera en aquella planicie de agua; los árboles, que parecían prolongarse y huir, y sus hojas, que agitaba el fresco viento, flotantes también y agitadas en el fiel espejo de las aguas!

Fuí á sentarme en un bosquecillo próximo para contemplar mejor tantas maravillas, y ya me entregaba á las meditaciones que puede inspirar tan dulce espectáculo, cuando el sonido de una voz vino á sacarme de mi enajenamiento. La voz no me parecía muy distante, y apartando silenciosamente las espesas ramas que me cercaban, pude distinguir no lejos de mí un hombre de edad avanzada. Su cabeza casi calva, su rostro noble y sereno, su barba blanqueada por los años, todo infundía un santo respeto. Estaba de rodillas bajo una encina, cuyo tronco, vencedor del tiempo, todavía producía ramas vigorosas. Hablaba vivamente, con los ojos levantados al cielo. Escuché en silencio, y oí esta oración llena de

majestad y afecto de un corazón poseído de la divinidad que invocaba:

«¡Oh, tú, Padre de los hombres, cuya existencia, grandeza y poder infinito manifiesta toda la naturaleza; desde lo alto del sublime trono, rodeado de innumerables coros de espíritus puros que sin cesar celebran con arpas melodiosas tus divinas alabanzas, dignate escuchar por un momento á un débil mortal y recibir su homenaje! En el silencio de la noche elevo mi voz para adorar á esta inteligencia eterna que me ha sacado de la nada.

» El universo, gran Dios, es tu templo. Los cielos inmensos, alumbrados de día por el sol resplandeciente y sembrados de noche de brillantes estrellas, son la bóveda de este templo magnífico, y el hombre inocente es el sacerdote.

» ¡Oh! ¿cómo es que los insensatos mortales han podido desconocer esta sabiduría visible, universal, que gobierna el mundo con tanta brillantez? ¿Cómo el aspecto de aquellos globos radiantes que giran sobre las nubes, de los profundos mares que rodean la tierra y hacen comunicar á las naciones, de los tesoros repartidos con tanta profusión en la superficie y en las entrañas de la tierra; cómo, rodeados de tantos prodigios, han podido olvidar á su autor?

» Yo te bendigo ¡Dios supremo! por haber querido que naciese en los campos, lejos de las ciudades corrompidas, y haber alejado de mi corazón la ambición y el orgullo; gracias á tu paternal bondad, gozo ya, hace un

siglo, de los únicos bienes de mi vida; la paz del alma y una feliz medianía. Nunca has cesado de prodigarme los dones de tu amor; mis últimos días todavía han sido señalados por tres beneficios; abundantes cosechas llenan mis graneros; tú riegas mis prados, tú das fecundidad á mis rebaños; tú fertilizas mis viñedos, tu mano cubre mis árboles de flores y frutas, nunca destruidas por el viento ni la tempestad.

» Para colmo de felicidad, tú me has conservado mi apacible compañera y nuestros dos hijos, cuyas gracias hacen la delicia de nuestros últimos días. ¡Dios mio! no tengo más que desear que morir ántes que ellos.

» Lo conozco: ya llego al término de mi carrera; bien pronto iré á mezclar mis cenizas con las de mis padres; cuando haya bajado al sepulcro, protector de mi larga vida, entonces te encomiendo mis hijos; ten piedad de su tierna madre, y cuídalos desde lo alto de los cielos. ¡Oh, Dios mio, no les abandones jamás!»

Al concluir esta plegaria, sus ojos se llenaron de lágrimas, profundos suspiros se exhalaban de su corazón y respiraba apenas. Me pareció que un no sé qué divino brillaba en la frente de aquel anciano venerable. Se levantó con paso tranquilo, dirigiéndose á su habitación, donde áun le oí algún tiempo bendecir al Sér Supremo.

Entre tanto, la brillante aurora se disponía á abrir las puertas del cielo; los pajarillos empezaban á trinar

volando entre los frondosos árboles; ya los conejos, saliendo de sus madrigueras, corrian por la pradera y roian la hierba, humedecida por el rocío, mientras la zorra perseguía por el bosque á la liebre azorada. Ya el diligente labrador uncía á su arado los bueyes mugidores, y las ovejas, saliendo en tropel del redil, se esparcían por la campiña balando y

seguidas de los perros, que ladraban, y de pastores cantando rústicas canciones. El sol, cubierta la frente de rubíes y rayos dorados, salía del seno de las ondas y lanzaba sus primeros fuegos; me levanté conmovido y entusiasmado con lo que acababa de ver y escuchar, y me volví tranquilamente á mi morada campestre.

J. M. BALLESTEROS.

SALVE.

Dios te salve, Reina y Madre
De piedad y de ventura,
Vida, esperanza y dulzura
Del mísero pecador;
Dios te salve, á Ti acudimos,
Hijos de Eva desterrados,
Llorosos y aprisionados
En el valle del dolor.

Ea, pues, nuestra abogada;
Ea, pues, Señora nuestra,
Tus ojos benignos muestra
De virginal candidez,
Y despues de este destierro
Llévanos al infinito
Valle, en que el fruto bendito
De tu vientre es nuestro juez.

¡Oh alba Reina de los ángeles!
¡Oh clementísima! ¡oh pia!

¡Oh dulce Virgen María,
Ruega en el cielo por nos,
Para que seamos dignos,
Por nuestras buenas empresas,
De alcanzar vivas promesas
Del Hijo Eterno de Dios!

CORO.

*Salve, salve... salve, salve,
Madre querida y Señora,
Hoy á tus plantas implora
Tu auxilio la juventud.
Santa madre... santa madre,
De la vida en la contienda,
Condúcenos por la senda
Del honor y la virtud.*

SILVERIO FALCON.



LA MAÑANA.

¿Dormís?

Creo que no: aunque es temprano, aunque apenas si una débil claridad nos alumbraba, ya esperaba yo encontraros despiertos.

Ayer convinimos en salir hoy al campo muy de mañana á presenciarse la salida del sol, y el espectáculo no es tan insignificante que os fuera indiferente verlo ó no verlo.

Es aún muy temprano, lo sé; mas bien pronto los pajarillos empezarán sus cantos, y una dulce, melodiosa sinfonía nos anunciará que el astro del día nos envía ya sus primeros rayos.

—Nunca—me decís—nunca hemos visto salir el sol; siempre al levantarnos hemos visto ya como por nuestra ventana hacía entrar sus resplandores.

¡Nunca le habeis visto!

Permitidme, queridos niños, que me admire de tal confesion: dormir cuando la naturaleza nos ofrece uno de sus más grandiosos cuadros es falta grave, es cosa que no admite disculpa, que merece, en cambio, grave censura.

Pero hoy podeis ver lo que ántes ver no habeis querido; hoy podeis, y podré yo gozar del espectáculo magnífico que queria presenciárais, y que ya, seguramente, vosotros no podeis despreciar.

Mas ¡qué hacemos!

Debemos caminar; de otro modo, podríamos exponernos á llegar tarde. La mañana es hermosa, apenas sopla una fresca brisa, que se dirige hácia el mar.

Yo quiero que presenciéis el espectáculo en toda su grandeza: quiero que veais salir al sol de entre las aguas.

Llegamos, pues, y estamos dispuestos: esperando, podré deciros por qué veis las nubes iluminadas cuando aún tardará bastante en que los primeros rayos puedan iluminar nuestras cabezas. El globo que habitamos es de figura casi esférica; la curvatura de su superficie impide que lleguen á un punto de la tierra los rayos que ya iluminan las capas atmosféricas que sobre dicho punto se encuentran: los crepúsculos, de que ya os he hablado, existen por esta causa, unida á la propiedad que tiene el aire de despedir, si así quereis decirlo, de reflejar, hablando más propiamente, los rayos luminosos.

¿Comprendeis?

Lo supongo: ahora no nos alumbraba el sol; si tenemos luz es porque nos la envía la atmósfera, que la recibe cuando nosotros aún no podemos obtenerla.

Ya oigo el cantar de un pajarillo: él nos anuncia que el astro luminoso,

que la estrella de nuestro sistema ha de aparecer bien pronto ante nuestros ojos.

Mirad bien: debeis fijar atentamente vuestra vista en el Oriente; allí tras el azul del mar veis colorearse poco á poco el horizonte. Enteramente parece un tinte mágico que allí recibe el aire: blanco aparecia, y poco á poco va adquiriendo un soberbio color de oro; parece que allí se notan los resplandores de una inmensa hoguera cuyo combustible fuera un metal, el hierro si quereis, incandescente.

El color de oro se acentúa cada vez más: las nubes todas ostentan sus bellísimos recortes que brillan fuertemente: no puede darse nada más sublime que el espectáculo que podeis ya presenciar: poco á poco el luminoso Febo irá apareciendo; es que viene á nosotros cada dia, hace muchos millares de millares de años, y cada dia se aleja como si dignos no fuéramos de tenerle continuamente á nuestra vista.

Y hace bien: si siempre le viéramos no podría ofrecernos, como lo hace, sus salidas y puestas, con sus lindos colores de oro las unas, de bellísimo carmin las otras.

Debe ser muy cansado tener el dia continuamente por largo espacio de tiempo, por varios meses: nosotros, pues, estamos perfectamente teniendo sólo algunas horas de luz tras otras de oscuridad.

Hablándoos, no habia notado que el disco solar aparece ya sobre las aguas y llegan á nosotros sus res-

plandores: todo ha cambiado: ahora parece que el azul del cielo, que el color de las aguas, que el verde de las flores, que todo, en fin, ha tomado un tinte más pronunciado, como si ántes no pudiera presentársenos en lo que realmente significa, en lo que verdaderamente es.

Va lentamente apareciendo; ya veis casi la mitad; ya pronto la parte inferior del disco se habrá separado del límite que por allí asemejan tener las aguas.

Y ¿no veis cuán grandioso es el contraste que éstas presentan, con el azul del cielo, con el dorado color, con las hebras de oro que el astro refulgente nos envia?

¡Cuánta belleza!

Mucha, sí; tanta, que no hay tal vez otro espectáculo más sublime en la naturaleza.

El sol viene hácia nosotros, me decís.

No, queridos amiguitos: no es él el que viene; somos nosotros los que vamos, no á su encuentro, que está muy léjos de nuestro planeta, sino hácia el Oriente, gracias al movimiento de rotacion de que se siente animado este globo que nos sustenta y en el cual nos ha cabido en suerte nacer.

Ahora ya el astro luminoso se eleva algun tanto sobre el horizonte, y las aguas del mar nos muestran por una parte blanca espuma, por otras doradas olas, que brillan tan pronto como se pierden y se oscurecen.

¿Lo habeis visto?

Sí, seguramente: ahora debeis oír

el sonoro murmullo de las aguas y el dulce canto de los pajarillos que, innumerables, pueblan los árboles y saltan y vuelan dando al aire sus trinos armoniosos: canto y murmullo, queridos niños, que forman, sin duda alguna, brillante, suave sinfonía con que parece la naturaleza querer empezar el día presente.

Ya pronto los rayos del sol se harán irresistibles y nos veremos obligados á volver á nuestra casa; tiempo es, pues, de emprender la retirada, que ya hasta mañana no podeis presenciar lo que hoy hemos visto.

Ahora comprenderéis cuánta belleza, cuanta magnificencia existe en la salida del sol, cuánta encierra en sí una mañana de este mes de Mayo: sólo nos resta coger unas flores de las mil tan variadas que el campo nos ofrece: cojámoslas pues, y hagamos propósito firme de admirar constantemente los cuadros de la naturaleza, cuadros imposibles de imitar por el mejor pincel, de describir por la mejor cortada pluma.

E. THUILLIER.

Puerto de Santa Maria, Mayo, 1875.

LA CARIDAD EN LA GUERRA.

Solo en el mundo quedó
Cuando era inocente niño,
Y lo que es no conoció
De tierna madre el cariño.

Creciendo en ajeno hogar,
De virtudes no vió ejemplo;
Nadie le enseñó á rezar,
Nadie le condujo al templo.

Así, á todo indiferente,
El niño llegó á ser hombre,
Abandonado, indolente,
Sin apego ni á su nombre.

No pensó una vez siquiera
En Dios y la religion,
Y en la vida aventurera
Bronce fué su corazón.

Ardió la guerra en España,
Y él, por su instinto guiado,
Tomó parte en la campaña,
Contra toda ley airado.

Y guerrillero valiente,
Y sanguinario y cruel,
Juntó mercenaria gente,
Que salió al campo con él.

En destruir y en matar
¡Impío! cifró su gloria...
Mas de sus hechos contar
No quiero la horrible historia.

En la batalla á vencer
Le acostumbró su fortuna,
Y nunca llegó á temer
Ser él vencido en ninguna.

Pero siempre Dios abate
A quien presume de fuerte,
Y un día, en tenaz combate,
Le fué contraria la suerte.

Por las tropas acosada
Su gente envuelta se vió,
Y huyendo á la desbandada,
Solo, herido, le dejó.

Oculto en los matorrales
Al lado de un hombre muerto,
Angustias sintió mortales
Temiendo ser descubierto.

Pero no; en la noche oscura
Encontró seguridad,
Aunque también vió segura
La muerte en la soledad.

Y aquel hombre duro y fiero
Sintió dolores atroces,
Y con miedo verdadero
Comenzó á dar grandes voces.

Nadie á su voz respondía,
Y al triste, cada momento,
Con la sangre que perdía
Más le faltaba el aliento.

«No hay remedio, murmuró,
Ha querido Dios que muera»,
Y este nombre pronunció
Entonces por vez primera.

Cayó en letargo profundo,
Y en aquella soledad
Un muerto y un moribundo
Recogió la Caridad.

La Caridad le ha salvado,
Dios de él se ha compadecido,

Y ya no será un malvado
Quien á Dios ha conocido.



Ya no irá del mal en pos,
Ni hará á sus hermanos guerra,

Porque hermanos hizo Dios
A los hombres en la tierra.

FRONTAURA.

MADRID, 1875.

IMPRESA, ESTEREOTIPIA Y GALVANOPLASTIA DE ARIBAU Y COMPAÑIA (SUCESTORES DE RIVADENEYRA),
IMPRESORES DE CAMARA DE S. M.,
calle del Duque de Osuna, núm. 3.